

No dejemos de cultivar nuestra dimensión ESPIRITUAL EN FAMILIA



Cultivar la mirada espiritual que nos lleva más profundo y nos acerca a Dios, nos vuelve a centrar y nos protege, a nosotros y nuestras relaciones, del desamor y la separación.

TUVE el gran regalo de acompañar a mi madre, hace quince años, en el último tramo de su vida, cuando estaba enferma de cáncer. Un día antes de morir, tuve que llevarla a la clínica porque no podía respirar bien. Una vez que la asistieron con oxígeno y cuando le quedaban menos de 24 horas de vida, sin que ella ni yo lo supiéramos, me dijo: «He conversado con Dios sobre la muerte, le he dicho, ha llegado la hora de morirme, tengo mucho miedo. Dios me ha respondido, yo no soy un Dios de muertos, soy un Dios de vivos». Esta fue mi última despedida con ella, pues después vendrían momentos más angustiantes en sus horas finales; sin embargo, esa fue una frase que me consoló mucho y me hizo vislumbrar lo que a las pocas horas ella estaría gozando: de la presencia plena del Amoroso, ya que «¡Él no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para Él todos están vivos!» (Lucas 20, 38).

Mi madre tuvo una vida cercana a la presencia de Dios y yo tuve el privilegio de beber de su experiencia de fe, pudiéramos decir más precisamente, que ella vivió la espiritualidad, esa dimensión más profunda de nues-

tra vida como seres humanos, participando de la vida de Dios. «En realidad, Dios no está lejos de cada uno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos» (Hechos 17, 28). No somos plenamente conscientes de esta realidad, y a veces la ignoramos por completo. El buen Dios no deja de recordárnoslo a través de la vida simple y cotidiana de todos los días, pues Él nos habla en las personas, los acontecimientos, la naturaleza. Él no deja de estar en todo, aconteciendo de forma creadora.

¿Cómo podríamos participar hoy de la vida de Dios en la familia, especialmente en el vínculo de pareja?

Es cierto que nuestra pareja la elegimos desde muchos niveles de nuestra vida, unos más conscientes y otros más desconocidos. Muchos años después podemos comprenderlos como quien va completando la figura de un rompecabezas y vamos vislumbrando porqué tomamos las decisiones que tomamos.

Desde la psicología profunda podemos ver que lo que muchas veces nos ha movido en la vida han sido nuestras carencias, de las cuales surgen nuestros anhelos, todo mezclado. Por ejemplo, pudimos haber escogi-

do como pareja una persona que nos brindara seguridad y cuidado, porque lo tuvimos en nuestro hogar y lo consideramos un gran valor, o porque no lo tuvimos y por ello sentimos que lo necesitamos de modo imprescindible. Pudimos haber escogido una persona que conectara con nosotros a nivel profundo y espiritual, por nuestra propia sensibilidad, dado que desde pequeños tuvimos esa capacidad de ver en lo profundo. Pudimos también haber escogido una persona que nos garantizara una presencia fiel, porque nos sentimos abandonados de pequeños, etc.

Ante esta complejidad, cuando uno se casa podría llegar a preguntarse: ¿cómo voy a comprometerme con esta persona toda la vida, cuando la vida es un cambio constante, lo conseguiré? La vida cambia, cambian las circunstancias y las personas mismas involucradas en la relación. La vida en pareja, el matrimonio, es lanzarse a la aventura, pero a la vez es estar a tono con la vida, que es cambio y riesgo por excelencia. Como dice una frase, somos como barcos, estamos seguros en el puerto, pero no fuimos hechos para eso.

Al paso de los años afortunadamente las personas cambian y evolucionan, tienen sus crisis y sus momentos de estabilidad y en la pareja es preciso ir sorteando los vaivenes de cada uno. Son esos cambios de cada uno en los distintos momentos de la relación, incluso los más movidos, los que nos sugieren, invitan y empujan a movernos, y es precisamente allí dónde podemos escoger hacia donde movernos, ¿hacia la Vida o hacia la muerte?

La cuestión es muy sutil. En estos días he estado acompañando a dos parejas con varios años de matrimonio. Hablando con cada uno de ellos por separado, podía ver el panorama en ambos casos. Desde hace ya varios años cada uno vive dándole la espalda al otro, aunque por los hijos convivan bajo el mismo techo. Es decir, se fueron separando poco a poco, «sin darse cuenta», creando sus mundos aparte y buscando afuera, en el trabajo y en otras relaciones, lo que no pudieron construir juntos. Hoy en día buscan todo tipo de excusas para llegar tarde a casa, para pasar el fin de semana trabajando o con toda su intencionalidad puesta en otros intereses. No tienen una atención amable del uno para con el otro, ni tiempos de calidad y encuentro compartidos, y allí está la base del amor.

Es casi seguro que, a lo largo de la vida matrimonial, debido a las crisis de cada uno y a las vicisitudes de las circunstancias, se den estas dispersiones que nos encaminan al vacío. Y las tentaciones siempre atacan por el lado más frágil y menos trabajado que cada persona tenga. Sin embargo, cultivar la mirada espiritual que nos lleva más profundo y nos acerca a Dios, nos vuelve a

*La vida en pareja, el matrimonio,
es lanzarse a la aventura, pero a la vez
es estar a tono con la vida,
que es cambio y riesgo por excelencia.*

centrar y nos protege, a nosotros y nuestras relaciones, del desamor y la separación definitiva.

«Una espiritualidad que quiera responder a nuestra realidad debe tener los ojos

bien abiertos ante la vida, para contemplar a Dios creador en medio de nuestra historia, debe recurrir siempre a la luz que ofrece la Palabra de Dios para discernir sus caminos, y nos debe lanzar a la construcción de la comunidad cristiana en todos sus niveles. El Dios en el que creemos, por Jesucristo, es el Dios de la vida, que se revela en los acontecimientos cotidianos que muchas veces despreciamos porque no parecen revelarnos el rostro de Dios» (P. Hermann Rodríguez, SJ. Domingo XXXII del Tiempo Ordinario – Ciclo C. 6 de noviembre de 2022). Pero es allí justamente donde esta Dios actuando siempre y necesitamos tener los ojos bien abiertos y todos nuestros sentidos corporales y espirituales actuantes, para percibir con finura aquello que la realidad exterior e interior nos sugiere, nos invita y nos cuestiona. Todo lo que pasa afuera nos mueve por dentro: ¿Qué siento con todo lo que me pasa? ¿Por qué me estoy alejando de mi amado?

¡Vive en comunión con el otro con toda la atención amorosa y amable puesta en él o ella, contemplándolo, disfrutándolo! Cultivemos nuestra dimensión espiritual que nos abre a la vida plena y consciente. Escuchemos y tratemos de comprender antes de juzgar, dejémoslo ser en nosotros sin miedo, sigámosle la pista y preguntémosnos hacia donde nos lleva.



MARÍA CAROLINA SÁNCHEZ SILVA
Instituto Universitario de la Familia
Universidad Pontificia Comillas